

APUNTES SOBRE LAS TENDENCIAS MIGRATORIAS EN AMÉRICA CENTRAL EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Alberto Cortés Ramos*

Resumen

La migración internacional en América Central, se ha transformado en un tema de análisis de gran importancia en la agenda de instituciones académicas nacionales, regionales y extra-regionales, de agencias de cooperación, ONGs e incluso, de organismos financieros internacionales. Este interés puede estar asociado con varios factores, entre ellos: i. el incremento de los flujos migratorios a nivel internacional, que ha llevado a considerar a la migración como un fenómeno característico de la globalización, ii. el crecimiento masivo de la migración centroamericana en las últimas décadas (principalmente, pero no exclusivamente, de centroamericanos hacia Estados Unidos); iii. la preocupación de los países receptores sobre el impacto de la inmigración y iv. la creciente importancia económica que han ido adquiriendo las remesas que envían los migrantes a sus países de origen.

Como respuesta a estas tendencias, en la década del noventa y hasta el presente, se han realizado una gran cantidad de estudios sobre migración, la mayoría de ellos agrupados en tres temas principales: i. la inserción de los migrantes en los países receptores y el impacto de la migración en los mismos; ii. la importancia económica de las remesas y el uso de las mismas en los países de origen de los migrantes y, de manera más reciente, iii. el impacto de la migración sobre sus países originarios. El país centroamericano sobre el que hay más estudios es El Salvador, que es el que tiene la mayor población migrante de la región y también el que tiene mayor tiempo de estar expulsando población. También existen estudios sobre la migración guatemalteca hacia México y Estados Unidos y de la migración nicaragüense hacia Estados Unidos y Costa Rica.

La mayor parte de estos estudios se aproximan al análisis de los fenómenos migratorios centroamericanos con una perspectiva coyuntural y/o sectorial, revisando casos particulares. A veces, los estudios son realizados como parte de proyectos de cooperación que buscan contribuir a solucionar situaciones específicas de los migrantes o a recomendar acciones y/o políticas relacionadas con la migración. En el presente ensayo intento tomar distancia de estos enfoques, para tratar de desarrollar un análisis histórico-geográfico de las dinámicas migratorias regionales (Hall, 1989: 48): Histórico, pues todo proceso social se desarrolla en una dimensión temporal, en el que interactúan y se acumulan causalidades, contingencias y agencias sociales (“agency”). En el caso del análisis migratorio; geográfico, en tanto que dichos procesos no ocurren en un vacío, sino que son resultado de una forma particular de producción del espacio (por ejemplo, una región que por los cambios sociales o físicos que sufre ya no logra retener su población y otra

* Escuela de Ciencias Políticas.
Universidad de Costa Rica.

región, que por los cambios sociales o ambientales que sufre, se transforma en una región que atrae población). La clave es explicar cómo la región centroamericana se convirtió en una región que expulsa de manera temporal o permanente, a una buena parte de su población y cómo otras regiones empezaron a atraer población migrante.

Desde un punto de vista teórico, la presente ponencia toma distancia de dos enfoques predominantes: por un lado, el que explica la migración como un fenómeno principalmente demográfico (crecimiento demográfico que conduce a un exceso de población, lo que provoca migración); por otro lado, el que trata la migración como un resultado del desequilibrio entre oferta y demanda de fuerza de trabajo entre dos mercados laborales distintos (las personas migran buscando mejores salarios...). En el presente ensayo se realizará un esfuerzo por comprender la dinámica migratoria centroamericana de las últimas décadas en toda su complejidad, es decir, como resultado de la combinación de múltiples

factores: geopolíticos, económicos, culturales, sociales, ecológicos (degradación del ambiente y desastres naturales), demográficos y políticos.

Un intento de periodización de los flujos migratorios en América Central

Si bien los movimientos migratorios extra-regionales en Centroamérica son relativamente recientes, los desplazamientos internos e intra-regionales no. Las migraciones en la región son tan antiguas como la existencia misma de población en el istmo. Aunque una historia de la relación entre sociedad y espacio en la región está más allá del alcance de la presente ponencia, es importante tener en cuenta su existencia para poner en una dimensión histórica los movimientos migratorios contemporáneos. En lo que respecta a la delimitación temporal, se caracterizan los desplazamientos humanos centroamericanos de la siguiente manera:

Figura 1

Periodización y caracterización de migración centroamericana en la segunda mitad del siglo XX

Alcance geográfico	Causas	Sujeto	Período
Principalmente internos (dentro de cada país)	Políticas (conflictos políticos, represión militar) y económicas (colonización agrícola, modernización agrícola)	- Refugiado político - Exiliados - Desplazados internos	1950-1975
Principalmente intra-regionales	Principalmente políticas (guerras civiles, represión)	- Refugiados políticos - Exiliados	1975-1990
Principalmente extra-regionales	Crisis económica y ajuste estructural	- Migrantes económicos (documentados e indocumentados)	1990-2001

Esta periodización debe tomar en cuenta varios elementos: primero, la misma intenta caracterizar las principales tendencias de cada período, lo que no significa que, por ejemplo, en el primero no hubiera otro tipo de migración más que el desplazamiento interno. Lo que indica es que este fue el tipo de desplazamiento más significativo. Segundo, se sostiene la hipótesis de que las tendencias migratorias no se excluyen, sino que se acumulan: el desplazamiento interno

termina convirtiéndose en intra-regional y, en muchos casos, la migración intra-regional termina transformándose en extra-regional. Finalmente, hay dos constantes que están presentes a lo largo del período, como factores de larga duración: el alto crecimiento demográfico en la región y el acelerado agotamiento del espacio colonizable (frontera agrícola). El ritmo y las variables que condicionan la segunda constante serán discutidos a lo largo de este artículo.

Los rasgos básicos de la Centroamérica de la segunda mitad del siglo veinte

La segunda mitad del siglo veinte fue testigo de aceleradas y profundas transformaciones sociales en Centroamérica. Todavía en 1950 era una región profundamente rural. Como se observa en la tabla N°1, su grado de urbanización estaba muy

por debajo del promedio latinoamericano. Sin embargo, también se puede observar un acelerado crecimiento en la población urbana entre 1950 y 1970, aunque siempre debajo del promedio de América Latina. De todos los países centroamericanos, el que menos se urbanizó en dicho lapso fue Guatemala, país en que lo rural y lo indígena se mezclan con mayor claridad.

Figura 2

CENTROAMÉRICA. Población urbana en ciudades de más de 20.000 habitantes como porcentaje de la población total

Países	1930	1950	1960	1970
Guatemala	10	11	16	16
El Salvador	10	13	18	20
Honduras	5	7	12	20
Nicaragua	18	15	13	31
Costa Rica	13	18	24	27
América Latina	18	29	33	42

Fuente: Tomado de Pérez Brignolli, 1989: 47

También es cierto que, con la excepción de El Salvador, la región tenía una densidad de población

relativamente baja o, visto de otra manera, la presión demográfica sobre el territorio no era intensa

Figura 3

CENTROAMÉRICA. Extensión territorial, población total y densidad por Km²

Países	Extensión (miles de Km ²)	Población total (millones de habitantes)			Densidad (hab. por Km ²)		
		1950	1980	2001	1950	1980	2001
Guatemala	109	3,0	7,3	13,0	27	67	119,2
El Salvador	21	1,9	4,8	6,2	90	229	296,5
Honduras	112	1,4	3,7	6,4	13	33	57,1
Nicaragua	131	1,1	2,8	4,9	8	21	38
Costa Rica	50	0,9	2,3	3,8*	18	46	76
Total	423	8,3	20,9	34,3	20	49	97,8

Fuente: Pérez Brignolli, 1989: 47 y CIA. The World Fact Book. <http://www.cia.gov/cia/publications/factbook>

* Datos del censo de 2001.

En la década del cincuenta, Centroamérica estaba poco poblada. Cinco décadas después, su población se había más que triplicado, pasando de 8.3 a 34.3 millones de habitantes. Otros factores que inciden en las condiciones de movilidad de población tales como la infraestructura vial y los sistemas de transporte, tuvieron un acelerado desarrollo en dicho lapso de tiempo, aunque concentrados en

la vertiente pacífica y central del área. Debe recordarse que la carretera panamericana, la única que conecta todo el istmo, no se empezó a construir sino hasta la segunda guerra mundial y fue extendida a Panamá hasta 1964, como parte del proceso de urbanización, de integración económica y de modernización en infraestructura que vivió la región en esas décadas (Brignoli, 1989: 21).

Otros factores que contribuyen a explicar la intensidad de la relación espacio-sociedad. Uno central en el caso de la región centroamericana, es el tipo de uso que se hace del espacio, lo que incluye el tipo de estructura que existente en una región y sus relaciones sociales de producción, que contribuyen a intensificar la relación población-territorio y, por tanto, pueden tener un impacto directo o indirecto en la existencia de desplazamientos de población y en su dinámica (temporal o permanente; nacional o internacional).

Geopolítica norteamericana, “modernización”, marginalidad y migración (1950-1975)

Como en ninguna otra región del continente, la geopolítica norteamericana ha condicionado el tipo de desarrollo de Centroamérica desde finales del siglo diecinueve. La política norteamericana ha sido resistida en distintos momentos por países de la región; sin embargo, un balance desde la larga duración constata que los intereses norteamericanos, así como los de sus “aliados” locales, han tendido a prevalecer.

Después de la II Guerra Mundial, se estableció el orden global bipolar conocido como la “Guerra Fría”, que se caracterizó por el enfrentamiento político-ideológico y por la competencia tecnológica, económica y militar entre las dos potencias principales, Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). En el imaginario de ese orden geopolítico, el enfrentamiento se configuraba como un choque entre el bloque capitalista encabezado por EUA (“mundo libre”) y el bloque comunista, encabezado por la URSS. El mundo entero se transformó en su “tablero de ajedrez” (Comblin, 1988: 17). En la región centroamericana, este arreglo global tuvo varias implicaciones. La más grave fue el fortalecimiento de regímenes dictatoriales apoyados por Estados Unidos en todos los países centroamericanos, con la excepción de Costa Rica. En términos ideológicos, los cuerpos militares adoptaron la doctrina de seguridad nacional y la tesis del “enemigo interior”, versión local de la cruzada anticomunista global de Estados Unidos. En este contexto, los intereses geopolíticos norteamericanos se

constituyeron en un obstáculo insalvable para los proyectos de reforma política que apuntaban a una mayor apertura democrática de las sociedades y estados centroamericanos en la década del cincuenta, bajo el argumento de que amenazaban la seguridad nacional de los Estados Unidos. Un ejemplo de esta política fue el golpe de estado contra el gobierno democrático de Jacobo Arbenz en Guatemala (1953). Un rasgo central de estos regímenes autoritarios fue la represión de cualquier forma de oposición política.

La orientación de la geopolítica norteamericana tuvo algunas variaciones, sobre todo como consecuencia del triunfo de la Revolución Cubana en 1959, que era fuente de inspiración a movimientos revolucionarios o de liberación nacional en toda América Latina. La “amenaza” de expansión del ejemplo revolucionario cubano, fue clave en la articulación de una ambiciosa respuesta por parte de la potencia del norte: la Alianza para el Progreso de la Administración de John F. Kennedy. Esta propuesta básicamente agregaba un componente desarrollista y modernizante en lo económico y social, al ya existente componente militar. En consonancia, las dictaduras militares hicieron esfuerzos de modernización que pronto fueron bloqueados por los grupos de poder oligárquicos en la mayoría de los países (Sohr, 1988: 19). En lo político, dicha iniciativa ni siquiera planteó el tema de la democratización y, por tanto, no cuestionó el orden autoritario prevaleciente en Centroamérica. Al final del día, la consecuencia fue un incremento de la protesta social y política en contra de las dictaduras en la mayor parte de la región.

En el plano económico, a partir de la década del cincuenta se dio una agresiva reinsertión de la economía centroamericana en la economía mundial. Como resultado de ello, se desarrolló una acelerada modernización capitalista del sector agropecuario, que incluyó dos tendencias principales: por un lado, la expansión geográfica de los cultivos tradicionales para exportación (básicamente café y banano); una mayor tecnificación en su modo de producción, incluyendo el uso intensivo de agroquímicos; la expansión acelerada de nuevos productos para exportación, como el algodón y la caña de azúcar. Todos estos elementos fueron conocidos como la

“revolución verde”. Además, se desarrolló fuertemente la ganadería extensiva como respuesta a la creciente demanda de carne para el floreciente mercado de hamburguesas en Estados Unidos. Todos estos cambios tuvieron un fuerte impacto ambiental, incrementando de manera acelerada las tasas de deforestación y el deterioro de la calidad de los suelos. De hecho, tanto Pasos (1994), como Utting (1996), señalan que la expansión ganadera y aldonera acabó con el bosque tropical seco en la vertiente pacífica de la región en los años setenta., lo que dos décadas más adelante sería una de las causas principales de desplazamiento de la población rural, como consecuencia del deterioro de suelos, baja de rendimientos productivos e incremento del impacto de los desastres naturales.

En lo que respecta a la dinámica población-espacio-migración, es necesario apuntar que la “modernización” de la agricultura no modificó el prevaleciente régimen de gran propiedad terrateniente. Esta modernización condujo a una suerte de “acumulación primitiva” en el que el modo de producción capitalista oligárquico penetró otras formas de producción y modificó sus relaciones sociales y formas de propiedad, tales como la unidad de producción campesina (familiar) o indígena (colectiva), que no estaban orientadas por la lógica de acumulación que demandaba la reinsertión de la región en el mercado mundial. Este proceso de “destrucción creativa”, en un doble movimiento desarrolló un “semi-proletariado” y “proletariado” rural, necesario para su reproducción y “expulsó” a la parte de la población rural que no se insertó en la nueva dinámica. Quizás sea por eso que nuestras ciudades siguen teniendo cierto sabor rural. (Utting, 1996: 33; Pasos, 1994: 27-28; Hackedon, 1993: 27; CCAD, 1998: 42).

En términos de los países, este proceso fue más claro en Guatemala, Honduras y Nicaragua. En El Salvador, el proceso de penetración y colonización se había agotado desde inicios del siglo (Pérez Brignolli, 1989: 31). Costa Rica tuvo una modalidad de penetración y colonización capitalista en la que la pequeña propiedad campesina y las cooperativas agrícolas jugaron un papel importante. En lo que respecta al tipo de patrón de desplazamiento interno y de su orientación en términos espaciales, los principales fueron:

- La migración del campo a la ciudad, que generó cordones de miseria y barrios marginales en la mayor parte de las capitales y principales ciudades centroamericanas.
- El desplazamiento de campesinos hacia nuevas regiones de frontera agrícola, desmontando el bosque o tierras marginales para la producción de granos básicos. A menudo dichas tierras estaban ubicadas en laderas, lo que produjo efectos tales como deforestación, erosión y sedimentación. Este proceso afectó no sólo a pequeños productores y campesinos dedicados a actividades tradicionales de producción de granos básicos, sino también a poblaciones indígenas que vivían en tierras de “vocación” para el cultivo de productos de exportación. En cuanto a la orientación del desplazamiento, en términos generales fue un avance desde la vertiente pacífica, hacia las regiones centrales y caribe de América Central. En el caso de Guatemala, el movimiento fue hacia el norte y en el caso de Costa Rica, desde el centro del país hacia el Pacífico sur y hacia el Caribe.
- El desplazamiento de población de un país a otro, de manera principal de aquellos con mayor presión demográfica, debido a la concentración del acceso a la tierra, hacia aquellos de menor presión: de El Salvador hacia Honduras y de Guatemala y El Salvador hacia Belice. Cabe recordar que en el primer caso, dicho proceso concluyó con la mal llamada “guerra del fútbol” en 1969, entre los dos países hermanos (Pérez Brignolli, 1989: 144; Sohr, 1988: 93; Woodward, 1999:294).

Crisis socio-política, guerra de baja intensidad y migración forzada (1975-1990)

En el plano político, las transformaciones socio-económicas antes mencionadas no tuvieron como únicas respuestas la migración rural hacia nuevas zonas de frontera agrícola, la incorporación del campesinado como fuerza de trabajo temporal o permanente en las fincas y plantaciones que producían para exportación y la migración

hacia las ciudades. La creciente polarización social provocada por dichos cambios fueron resistidos tanto en el mundo rural como en el urbano, lo que se reflejó en el aumento generalizado de la protesta social en la región.

En las zonas rurales, la resistencia fue desarrollada por la organización de un vigoroso y cada vez más politizado movimiento campesino. En aquella época, las demandas de reforma agraria, acompañadas de tomas de tierras, fueron frecuentes en todos los países de la región. No fue casual que al final de la década del sesenta aparecieran movimientos guerrilleros que tenían diversos grados de inserción rural en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. En sus plataformas de reivindicaciones, el acceso a la tierra para el campesinado y la reforma agraria eran objetivos centrales.

En las áreas urbanas hubo una creciente politización y radicalización de la población, lo que se reflejó en el surgimiento de movimientos sociales contestatarios de diverso signo, entre los que destacaban los movimientos cristianos progresistas, inspirados en la teología de la liberación y movimientos estudiantiles de diversas identidades de izquierda. En los setentas, dichos movimientos fueron un soporte fundamental en las luchas antidictatoriales y guerrilleras en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua (Booth and Walker, 1999: 31-55).

La respuesta de los sectores dominantes a estos movimientos sociales y a los frentes guerrilleros no se hizo esperar. Durante la década del setenta hubo un incremento de la represión militar en la región. También surgieron grupos paramilitares de extrema derecha en Guatemala y El Salvador. La represión no solo se dirigió contra quienes se identificaban con los movimientos guerrilleros, sino también contra la población civil que podía servirles de base social. La violencia de la represión política y el conflicto militar a lo largo de la década del setenta contribuyeron de manera significativa a la migración masiva de guatemaltecos y salvadoreños hacia México y de nicaragüenses hacia Costa Rica. Una buena parte de ellos fueron considerados refugiados políticos. En relación a estos cambios y su impacto en la dinámica migratoria, Castillo señala: "...Esta situación cambió radicalmente a partir de la segunda

mitad del decenio de los setenta. Aunque los países de la región habían experimentado desde tiempo atrás una acentuación de las crisis socioeconómicas debidas a factores de orden estructural, no se detectó un efecto significativo de cambio sobre el patrón de movilidad internacional de sus poblaciones. La modificación sensible ocurrió cuando los países comenzaron a escenificar procesos de confrontación política y enfrentamientos armados en sus territorios. Muchos de los desplazamientos estuvieron directamente relacionados con los escenarios de combate y de prácticas represivas, pero también se observaron movimientos asociados de manera indirecta con el enfrentamiento y más vinculados con un contexto de crisis generalizada" (Castillo, 1999: 1).

Esta fue la primera ola internacional de flujos migratorios de centroamericanos, aunque en un primer momento fue un desplazamiento mayoritariamente intra-regional, hacia Costa Rica, Belice y México. A finales de la década del setenta, se conjugaron una serie de factores endógenos y exógenos que profundizaron la crisis regional. Entre otros, cabe mencionar los siguientes:

- La crisis de la economía mundial, que hizo que cayera de manera abrupta la demanda internacional de productos de exportación centroamericanos, salieran muchos capitales transnacionales.
- El colapso del Mercado Común Centroamericano, que ya venía en crisis después de la guerra del fútbol entre Honduras y El Salvador.
- La llegada de Jimmy Carter a la presidencia de los Estados Unidos (1976-1980), que implicó un giro en la política exterior norteamericana con la incorporación de los derechos humanos como un tema importante. Este cambio implicó una reducción de la ayuda económica y castrense a los gobiernos autoritarios de la región y como consecuencia, su debilitamiento político y militar.
- Un incremento de la represión contra la población para intentar controlar el creciente descontento y la correspondiente movilización popular en la mayor parte de los países centroamericanos.
- El fortalecimiento de los movimientos guerrilleros revolucionarios en la región y la

agudización de la dimensión militar de los conflictos sociales (Walker and Armony, 2000: 3-88; Vilas, 2000: 216).

La crisis se resolvió el 19 de julio de 1979 con el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua. Este hecho político tuvo un amplio efecto simbólico sobre el resto de la región, incrementando el nivel de polarización ideológica existente entre los países (Nicaragua vs. el resto) y al interior de los mismos, tendencias que se agudizarían con el triunfo de Ronald Reagan en los Estados Unidos (1980-1988), quien dio un giro radical a la política norteamericana en la región, poniendo de nuevo el acento en el discurso de la “seguridad nacional”. El énfasis de dicho discurso era la protección de los intereses norteamericanos en la región amenazados por las revoluciones comunistas en Cuba y Nicaragua, y el posible triunfo revolucionario en El Salvador.

La estrategia norteamericana, conocida como “Guerra de Baja Intensidad” (GBI), tuvo como principal objetivo la desestabilización del proceso revolucionario en Nicaragua y el fin de los movimientos guerrilleros en Guatemala y El Salvador. Con dicho objetivo, Estados Unidos apoyó política, económica y militarmente a la contrarrevolución nicaragüense, que actuó desde Honduras a lo largo de la década del ochenta y en Costa Rica en menor medida y hasta 1987. Además, el gobierno norteamericano entrenó y armó masivamente al ejército salvadoreño. Hasta mediados de la década del ochenta, la amenaza de un “conflicto militar total” con intervención directa norteamericana era un escenario muy probable en Centroamérica. Como parte de dicha estrategia, El Salvador, Honduras y Costa Rica recibieron ayuda financiera por parte de la Agencia Internacional para el Desarrollo del gobierno norteamericano (AID): durante la década del ochenta, el gobierno norteamericano otorgó \$3.9 billones a El Salvador en ayuda militar y económica; Honduras recibió \$1.4 billones y Guatemala cerca de \$570 millones con los mismos propósitos. Costa Rica recibió \$1.2 billones en principalmente en ayuda económica y para aspectos de seguridad. (Vilas, 2000: 218-221)

En relación con el estilo de desarrollo, durante la década del ochenta la mayor parte de los países centroamericanos (excepto Nicaragua), siguieron el denominado “consenso de Washington” e iniciaron procesos de reestructuración neoliberal, que incluyeron la ejecución de programas de estabilización económica y de ajuste estructural, con el apoyo y condicionamiento de los organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional-FMI, Banco Mundial-BM) y la AID. Esta estrategia de desarrollo buscaba, entre otras cosas: i. la reducción del papel del estado y del sector público en la economía, así como la reducción del gasto público; ii. la devolución del liderazgo al sector privado y la creación de condiciones favorables para la inversión extranjera; iii. la privatización de las empresas estatales existentes; iv. la liberalización comercial (Mohan et al, 2000: 33; Vilas, 2000: 211-216). Esto no fue otra cosa que el cambio de modelo de desarrollo, antes orientado hacia la sustitución de importaciones.

Por su parte, los Estados Unidos promulgó en agosto de 1983 la Ley para la Recuperación Económica de la Cuenca del Caribe (CBERA en inglés), más conocida como Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC, 1984), la cual garantizaba el libre acceso (no pago de aranceles) al mercado norteamericano para la mayoría de los productos de exportación de los países del Caribe, con la excepción de Cuba y Nicaragua. La ICC es una concesión unilateral de parte de los Estados Unidos, que tenía una vigencia de doce años hasta el 30 de setiembre de 1995, plazo que fue extendido hasta el 2008 mediante la aprobación de la Ley de Comercio y Desarrollo HR1594 (conocida como *NAFTA parity*), en octubre del 2000. Esta ley fue clave en el éxito del cambio de modelo de desarrollo regional, basado en el relanzamiento de productos agrícolas no tradicionales. Aunque el ajuste económico y la reorientación de la economía hacia la exportación no tradicional permitieron cierta recuperación del crecimiento económico, tuvo un efecto negativo sobre la pobreza (aumentó), el empleo (se redujo el empleo formal y creció el empleo informal y el desempleo) y el ingreso (aumentaron las desigualdades en la distribución). (Vilas, 2000: 216-222).

En la década de los ochenta, Nicaragua merece particular atención por ser el único país de la región que se orientó por la vía revolucionaria. Por lo menos hasta 1987, el proceso de acumulación en este país era promovido, regulado y orientado por el estado y el sector público. En esa primera etapa se dieron importantes avances en educación y salud. También hubo importantes transformaciones políticas, que incluyeron la creación y movilización de muchas organizaciones sociales, aunque bajo la dirección hegemónica e instrumental del estado sandinista. Sin embargo, el cambio más profundo se dio en la estructura agraria. En un plazo muy corto de tiempo el gobierno sandinista transformó el mundo rural redistribuyendo la tierra confiscada de manera mayoritaria en áreas de propiedad estatal, cooperativas campesinas y, en menor grado, en propiedad individual campesina. (Wheeler, 1990: 115)

La revolución sandinista enfrentó desde el inicio una fuerte oposición, tanto dentro como fuera del país. En el plano externo, la geopolítica del gobierno norteamericano. En el plano interno, diversos actores políticos, económicos y sociales: El campesinado, insatisfecho con una reforma agraria que privilegiaba la propiedad estatal y la cooperativización forzada, en vez de la distribución individual de la tierra; los sectores de la burguesía que habían sido expropiados y que habían salido del país; diversos medios de comunicación, pero de manera principal el diario *La Prensa*; la jerarquía de la iglesia católica, enfrentada con el gobierno revolucionario por su apoyo político a la iglesia popular; un sector importante de la población miskita en la costa caribe. En buena medida, esta fue la base social e ideológica de la contrarrevolución.

El proceso revolucionario provocó un importante desplazamiento de población: migración interna del campesinado como parte de la reforma agraria; desplazamientos internos forzados como consecuencia de la guerra; emigración campesina hacia Honduras y Costa Rica que huía de la confrontación militar entre el gobierno revolucionario y la contra. Emigración de clase media y de familias pertenecientes a la élite del poder hacia Costa Rica y Estados Unidos (principalmente Miami), por diferencias

ideológicas y económicas con el proceso revolucionario; reubicación de población miskita en zonas alejadas del conflicto militar y emigración miskita, principalmente hacia Honduras, por diferencias étnicas e ideológicas con la orientación del gobierno revolucionario y la salida de miles de jóvenes que huían del servicio militar obligatorio (Walker, 1997: 8-14; Robinson, 1997b: 23-25; Brockett, 1998: 156-184; Butler, 1997: 220-222; Serra, 1993: 21-44).

Volviendo a la escala regional, durante la década del ochenta la migración fue resultado de la combinación de violencia política, guerra y ajuste económico. Algunos datos que permiten dar una idea de la magnitud de la misma:

- Los desplazados internos llegaron a ser aproximadamente un millón de personas
- Se desplazaron más de un millón de centroamericanos hacia otros países de la región, incluyendo México y Belice.
- Alrededor del 14 por ciento de la población de Guatemala, El Salvador y Nicaragua abandonaron el país o se desplazaron internamente.
- Unos 180 mil salvadoreños emigraron hacia Guatemala, entre 50 mil y cien mil a México, 33 mil a Honduras, 22 mil a Nicaragua y quizás medio millón a Estados Unidos.
- Nicaragua llegó a generar unos 250 mil desplazados internos (cerca del 10 por ciento de su población) y en 1988 se calculaba que habían poco más de 700 mil nicaragüenses fuera del país, de los cuales 280 mil estaban en Costa Rica, 200 mil en Honduras, 40 mil en Guatemala y cerca de 170 mil en Miami, Estados Unidos.
- En Guatemala los desplazados internos fueron 190 mil. Además, hay 42 mil refugiados reconocidos en México y 150 mil no reconocidos.
- En el caso de Belice, la población emigrante proveniente de Guatemala y El Salvador alcanzó el mismo tamaño que la población criolla (Stein, 1992: 67-71; Bonilla y Mesa, 1994: 39; Membreño, 2001: 103).

Durante esa misma década, el flujo migratorio de centroamericanos hacia los Estados Unidos aumentó significativamente, en buena

medida como consecuencia de la política migratoria “permissiva” que impulsó el gobierno norteamericano en su lucha contra de la “subversión comunista” en Centroamérica. Como señala Vilas: “Al final de la década de los ochenta, más de 1.3 millones de centroamericanos (principalmente nicaragüenses, salvadoreños y guatemaltecos) se habían exiliado en los Estados Unidos, encontrado trabajo y empezado a enviar dinero a sus familiares...” (Vilas, 2000: 217).

En el caso de los salvadoreños y guatemaltecos, hubo miles de refugiados políticos que huían de la guerra y la represión, pero también hubo un importante componente de migración económica, de extracción rural y pobre, entraron por México y se ubicaron de manera principal en California. La otra corriente importante de migrantes fue de nicaragüenses a Miami, siendo aceptados como “refugiados políticos” que huían de la situación revolucionaria. La mayoría de ellos provenían de capas medias y altas de Nicaragua. En este sentido, el primer tipo se asimilaba a la migración mexicana y el segundo tipo a la migración cubana.

En síntesis, durante la década del ochenta, la combinación de crecimiento demográfico, conflictos político-militares, ajustes económicos y polarización social, estructuraron un masivo desplazamiento de población centroamericana, ya no solo dentro de sus respectivos países o dentro de la región, sino también hacia destinos extra-regionales. En el caso de los países del norte de Centroamérica (Guatemala, El Salvador), la emigración se dirigió, de manera principal, hacia Estados Unidos, México y Belice. En el caso de Nicaragua, la emigración se dirigió hacia Costa Rica, Estados Unidos y, en menor grado, Honduras. En lo que respecta a los desplazamientos internos, a finales de la década del ochenta, las regiones boscosas se habían reducido de manera significativa, quedando pocas regiones de “frontera agrícola” que pudieran servir para la colonización espontánea, lo que incrementó la migración rural-urbana, con la excepción de Nicaragua, cuya reforma agraria redistribuyó gran cantidad de población con un movimiento rural-rural.

Ajuste estructural, globalización y migración (1990-2000)

A finales de los ochenta e inicios de los noventa, la situación política cambió de manera radical en la región, en buena medida como consecuencia de aceleradas transformaciones en el escenario internacional. Uno de estas fue el debilitamiento de los sectores del gobierno norteamericano que impulsaban una salida militar al conflicto centroamericano a partir de 1987. La administración del presidente George Bush (1988-1992) tuvo una política hacia la región mucho más pragmática y menos ideológica que la precedente. Este cambio fue reforzado por el colapso de la Unión Soviética y el fin de la “amenaza comunista” y, su correlato regional, la derrota electoral del candidato sandinista, el presidente Daniel Ortega, el 25 de febrero de 1990. Otro nuevo giro se dio con el triunfo del candidato demócrata, Bill Clinton en 1992. La nueva administración terminó de invertir las prioridades de la política exterior norteamericana, colocando el componente militar en un segundo plano y el económico en el primero.

En el plano político intra-regional, los acuerdos alcanzados entre los gobiernos y los grupos insurgentes permitieron la desactivación de los conflictos bélicos en Nicaragua (1989), El Salvador (1992) y Guatemala (1996). Ello posibilitó la ampliación de los sistemas de partidos políticos y la consolidación del pluralismo político en los países de la región. La pacificación creó grandes expectativas. Los pueblos centroamericanos albergaban la ilusión de aprovechar los dividendos de la paz, para reorientar la mayor parte de los “gastos de guerra” en “inversión para el desarrollo”. (Fitzgerald et al, 2001) Así, en los primeros años de la década del noventa hubo un importante retorno de quienes habían emigrado, principalmente nicaragüenses en Honduras, Costa Rica y Estados Unidos. En menor medida, de salvadoreños y guatemaltecos en México. (Cortés, 2001:47-55) Sin embargo, dichas expectativas no se cumplieron. A lo largo de la década del noventa, se combinaron una serie de factores de diverso orden, que impidieron una mejora en la calidad de vida de las poblaciones centroamericanas.

En la dimensión económica, desde mediados de la década del ochenta y con mayor profundidad, en la década del noventa, los países centroamericanos, bajo la orientación de los organismos financieros internacionales (OFIs), asumieron el ajuste estructural como estrategia de reinserción en la economía internacional. Esta estrategia fue impulsada de manera más radical por El Salvador y Nicaragua y de forma más heterodoxa, por Costa Rica. (Vilas, 2000: 222-228)

Entre las características centrales de esta transformación estructural, está la liberalización comercial por medio de la baja de aranceles, el privilegio del mercado externo sobre el interno; la reorientación de la estructura productiva hacia las exportaciones, tradicionales y no tradicionales; la atracción de inversión extranjera directa (maquila, zonas francas) y la reducción de la participación del sector público y fortalecimiento del sector empresarial en el desarrollo nacional. (Robinson, 1997: 33-66) Después de tres lustros de implementación, el balance que hace el Estado de la Región de esta estrategia no es claramente positivo. Entre los logros que le atribuyen están la estabilidad macroeconómica, la promoción de las exportaciones, el asentamiento de las actividades de maquila y las zonas francas, el flujo de recursos externos provenientes de la inversión directa, las actividades agropecuarias no tradicionales. Sin embargo, el mismo informe matiza estos resultados, al señalar los efectos negativos que contiene. (Proyecto Estado de la Región, 2003: 103) Una conclusión parecida arroja la investigación sobre asimetrías económicas, laborales y sociales en Centroamérica, dirigida por Jorge Nowalski. (2002). Ambos señalan los siguientes resultados:

- Un crecimiento económico moderado en la década del noventa. En la mayoría de los países se logró tasas de crecimiento entre el 3.5% y el 4.5% anual, con la excepción de Honduras que entre 1995 y 1999 experimentó un crecimiento económico del 2.4%. (Nowalski, 2002: 20) El PIB per cápita tuvo un crecimiento cercano a cero, cuando no fue negativo, con la excepción de Costa Rica y Panamá. (Proyecto Estado de la Región, 2003: 107)

- Alto crecimiento de las exportaciones (14.1% en promedio) y de las importaciones (13.4% en promedio) durante la década del noventa, acompañada de una mayor diversificación de su estructura, aunque con un destino muy concentrado: Estados Unidos, al que envían cerca del 61% del total (40% si se excluye la maquila). (Proyecto Estado de la Región, 2003: 109-111; Nowalski, 2002: 28-29)
- Un alto déficit de la balanza comercial de la región, que pasó de \$2,497 millones en 1990, a \$9,174 millones en el 2000. (Stein y Arias, 1992: 37; Chacón, 2003: 133)
- Las características de “enclave” económico de las zonas francas y las maquiladoras, que producen poco valor agregado y débiles encadenamientos con las actividades económicas locales. (Proyecto Estado de la Región, 2003: 130-131)

En lo que respecta a la dinámica de los mercados laborales, se ha desarrollado lo que se denomina como “*crecimiento económico sin empleo*”. (Nowalski, 2002: 109) Las políticas de ajuste y la reinsertión global orientada por las exportaciones no tradicionales y la maquila no han generado las fuentes de empleo necesarias para absorber:

- El incremento anual de la fuerza de trabajo. Debe recordarse que la región sigue teniendo altas tasas de crecimiento demográfico.
- El incremento de la migración rural-urbana, como consecuencia del desplome de la actividad agropecuaria de subsistencia u orientada hacia el mercado nacional.
- Los nuevos desempleados, consecuencia de las privatizaciones y compactaciones laborales. Un caso extremo es Nicaragua, cuyo número de empleados públicos pasó de 55 mil a 12 500 personas entre 1990 y 1995. (Chacón, 2003:129)

Otro de los efectos negativos del recorte del gasto público ha sido la limitación o reducción de cobertura y el deterioro en la calidad de los servicios públicos. De hecho, la mayoría de los países de la región (con excepción de Costa Rica), no tienen cobertura universal en servicios

tan básicos como agua potable o energía. Asimismo, se han privatizado gran cantidad de empresas de servicios públicos (telecomunicaciones y energía, entre otros), que han sido sustituidas por monopolios y oligopolios privados. Este cambio, contrario a lo prometido, no conllevó una mejora sustancial en la calidad de los servicios, ni una reducción en las tarifas y tampoco amplió su cobertura. (Chacón, 2003: 129-134)

Con el Ajuste se han mantenido altas tasas de desempleo y subempleo en la mayoría de los países y se ha incrementado el empleo informal, que no cumple con las condiciones mínimas de seguridad social. En términos generales, se ha tendido a la precarización de las condiciones laborales y con ello se ha profundizado la desigualdad social. Como bien señala el Estado de la Región en su balance sobre las dos décadas de Ajuste en Centroamérica: *“Aunque estos avances son importantes (los del ajuste), es claro que aún están lejos de ser suficientes, ya que el crecimiento económico per cápita no ha llegado a los niveles experimentados en los años anteriores a la crisis, los niveles de pobreza se han mantenido en niveles demasiado elevados y la distribución de los ingresos, tanto “entre” como “dentro” de los países ha empeorado.”*

La creciente desigualdad social ha sido acompañada por el incremento de la corrupción, lo que ha contribuido a debilitar el horizonte de esperanza de la gran mayoría de la población centroamericana. Esto es particularmente cierto para la sociedad nicaragüense, como lo evidencia el juicio por corrupción al ex-presidente Alemán y los estudios de opinión pública que indican que más de dos terceras partes de la población ha pensado en emigrar a Costa Rica o Estados Unidos como una opción de supervivencia. En síntesis, la transformación neoliberal de las sociedades centroamericanas ha cambiado el juego de oportunidades para agentes colectivos e individuales, concentrando aún más el acceso a los recursos materiales y simbólicos en muy pocos.

En lo que respecta a las tendencias migratorias en este período, si bien es cierto que el vínculo o relación entre ajuste estructural y migración en Centro América requiere de mayor investigación para llegar a resultados concluyentes, existen algunos estudios de países específicos o de comunidades al interior de

países, de los que se desprenden evidencias que podrías sustentar una tesis en ese sentido. Por ejemplo, en un estudio binacional realizado por la OIM sobre la migración nicaragüense hacia Costa Rica (OIM, 2001), los investigadores concluyen lo siguiente: “Ya dentro de una etapa post conflicto político-militar, serán elementos de naturaleza económica – particularmente la aplicación de medidas drásticas de ajuste estructural en Nicaragua en 1993 y 1997 – los que vienen a explicar la mayor parte de las migraciones acaecidas en los años noventa”. (OIM, 2001: 8)

En el caso de Nicaragua, los resultados sociales del ajuste económico brindan indicios que pueden contribuir a explicar la presión para migrar: en los últimos diez años se ha dado una masiva reducción del empleo en el sector público, así como una amplia desregulación de los mercados laborales, lo que ha precarizado las condiciones de empleo. El desempleo y la informalidad han crecido masivamente, también la pobreza (Close, 1999: 126-137). En el sector rural, la falta de crédito y de apoyo técnico para la pequeños y medianos productores, ha contribuido a un nuevo proceso de desmantelamiento de la reforma agraria y una fuerte presión para reconcentrar de la tenencia de la tierra.

Nuevamente la población rural se enfrenta al dilema de migrar para sobrevivir: hacia Costa Rica para ahorrar remesas que le permitan subsistir o hacia la agotada frontera agrícola; a las ciudades, donde lo que falta son fuentes de empleo (OIM, 2001). La expulsión del sector rural ha contribuido a la saturación del sector urbano informal de la economía. Un caso extremo es el de Managua que, como señala Abelardo Morales, es la segunda ciudad del hemisferio con el más amplio sector de trabajadores informales y, en ese sector, se encuentran límites cada vez mayores para que el sector social que depende de él encuentre fuentes seguras de supervivencia (Morales, 1999: 23; Morales, 2002).

A las dimensiones políticas, económicas y sociales habría que agregar el elemento ecológico, en particular el impacto de los desastres naturales y el proceso de degradación ambiental que ya se observa en algunos países. En lo que respecta a los desastres naturales, el más importante en

términos del impacto que tuvo sobre la población de la región fue el huracán Mitch en octubre de 1998 que devastó Honduras, tuvo un fuerte impacto en Nicaragua y en menor medida en el resto de los países centroamericanos (World Bank, 2001; OIM, 2001). Algunos estudios indican que hubo aproximadamente 18 mil muertos y 2.3 millones de damnificados. Este evento natural vino a acentuar las brechas sociales existentes y disminuyó significativamente la capacidad de los ecosistemas de las zonas afectadas para sustentar poblaciones y actividades productivas. Como consecuencia, generó una importante ola migratoria en los países afectados, tanto interna como internacional (Izaguirre y Jerez, 1999; OIM, 2001).

Haciendo un balance, es irónico que una década después de iniciado el proceso de pacificación en Centroamérica, la región haya expulsado más población que nunca antes en su historia. Más de cinco millones de centroamericanos, de 35 millones, viven fuera de sus países, principalmente en los Estados Unidos, aunque también en México (guatemaltecos, salvadoreños y hondureños) y en Costa Rica (nicara-

guenses). El mayor éxodo lo ha sufrido El Salvador con 2.8 millones de emigrantes, seguido de Nicaragua y Guatemala con un millón de emigrantes cada uno (OCAM, 2000; Lindo, 2004). De toda la información disponible se puede deducir que los procesos de democratización que ha vivido la región en la década del noventa no han logrado resolver un derecho humano básico: el derecho a no migrar para miles de centroamericanos.

Un último elemento a dejar al menos enunciado es que la migración ha creado una nueva dinámica que, como bien apunta Abelardo Morales, es transnacional (Morales, 1999, 2002). Cada vez más, algunos países centroamericanos dependen de ingresos que no producen en el espacio regional y cuya mejor expresión son las remesas que los migrantes envían a sus familias y comunidades en sus países de origen. De hecho, los envíos que hacen los migrantes se han convertido en un componente fundamental para los agregados macroeconómicos de la economía centroamericana (Figura 4), y para la subsistencia de miles de familias rurales y urbanas en la región. (Serrano, 2001; Orozco, 2001).

Figura 4

Centroamérica. Producto nacional bruto y remesas (en millones de dólares).

País	Rubro	1995	1996	1997	1998	2002
Guatemala	Remesas	349.7	362.7	387.5	423.2	1,689.0
	Remesas/PNB (%)	3.5	3.7	3.8	4.0	3.1
El Salvador	Remesas	1,060.8	1,086.6	1,199.5	1332.8	1,935.0
	Remesas/PNB (%)	16.4	16.5	14.5	18.8	17.0
Honduras	Remesas	120.0	128.4	160.0	n.d.	720.0
	Remesas/PNB (%)	3.0	3.1	3.7	n.d.	7.5
Nicaragua	Remesas	75.0	95.0	150.0	200.0	660.0
	Remesas/PNB (%)	4.1	4.9	7.0	8.9	22.0

Fuente: CEPAL. Citado en Nowalski, 2002: 29 y Orozco, 2003: 5.

El importante incremento en el monto de remesas enviado a la región entre 1998 y 2002 posiblemente tiene relación con un incremento de la migración regional como consecuencia del Huracán Mitch y una mejora en la contabilidad.

Sobre las perspectivas futuras de las tendencias migratorias, después del 11 de septiembre de 2001 el panorama se ha tornado aún más sombrío para los migrantes centroamericanos en Estados Unidos y para los nicaragüenses en Costa Rica.

Una de las consecuencias de dicho evento es que se está militarizando la política migratoria norteamericana y endureciendo la costarricense bajo el discurso anti-terrorista. Ello podría tener efectos negativos directos e indirectos sobre el futuro desarrollo centroamericano, incluyendo la posible repatriación de migrantes indocumentados y la reducción de las remesas, cada vez más importantes para la economía de la mayoría de los países y para miles de familias que dependen de las remesas para su subsistencia en la región.

Conclusiones

Como se señaló al inicio, la intención del artículo era hacer un esfuerzo de periodización de las tendencias o corrientes migratorias en Centroamérica durante las últimas cinco décadas, tratando de explicar la migración como resultado de una compleja trama social en el que se entremezclan factores diversos, que van desde la geopolítica norteamericana, pasando por la economía, la política, lo social y la cada vez más importante dimensión ambiental. En el análisis hecho resaltan varias tendencias que vale la pena enfatizar:

- Primero, que la migración es resultado de un proceso acumulativo. En un primer momento la mayoría de los desplazamientos eran internos, parte de la colonización espontánea de la frontera agrícola o migración rural-urbana. Posteriormente, la migración interna se transforma en migración intra-regional: de salvadoreños hacia Honduras, Belice, Guatemala; de guatemaltecos hacia Belice y la zona sur de México; de nicaragüenses hacia Costa Rica y Honduras. Con la crisis política regional en los ochentas y la globalización en los noventas, la migración también se vuelve extra-regional: de centroamericanos hacia el norte (México en tránsito, Estados Unidos e incluso Canadá y Australia). Como indiqué antes, estas tendencias no se contraponen, se acumulan yuxtaponen.
- Segundo, es claro que la emigración centroamericana más que resultado de un exceso de población (como sostendría cualquier seguidor de Malthus), es resultado principal de una inequitativa distribución de la riqueza, incluyendo el acceso a la tierra. Esto no es resultado de la casualidad, sino de la combinación de grandes intereses (geopolíticos, económicos, políticos), que han impedido una transformación más justa del orden social y una reorientación incluyente del desarrollo centroamericano en las últimas cinco décadas.
- Tercero, hacia el futuro el panorama no parece optimista. La válvula de escape que ha sido la migración hacia Estados Unidos y Costa Rica, parece empezar a cerrarse por el clima cada vez más negativo que se respira en dichos países hacia la inmigración y

porque sus economías parecen haber llegado a un límite en su capacidad de absorción. Además, también se cierra la válvula interna de escape que había sido la colonización espontánea de la frontera agrícola. Esta se agotó y lo que queda para la colonización campesina son áreas protegidas, parques nacionales y reservas indígenas. La otra opción es la migración rural-urbana, pero las ciudades centroamericanas no son una opción de supervivencia para la población rural.

Frente a esta situación límite, la única respuesta que articulan las élites del poder en Centroamérica es más de lo mismo, o sea, la continuidad de la estrategia neoliberal que no ha hecho más que profundizar la exclusión y concentrar aún más la riqueza. Frente a ello, la única alternativa es un profundo y continuo proceso de reformas sociales, políticas y económicas que permitan una redistribución de la riqueza y del acceso a la tierra en la región. Contrario a la situación actual, el estado y el sector público deberían tener un rol de liderazgo en dicha transformación.

Bibliografía

- Armony, Ariel C. 1997. "The former contras." Thomas Walker, ed., *Nicaragua without illusions: regime transition and structural adjustment in the 1990s*. Delaware: SR Books. p. 203-218.
- Banco Mundial. *Base de Datos*. www.worldbank.org
- Booth, y Walker. 1999. *Understanding Central America*. -3ra. Ed.- Colorado: Westview Press.
- Castillo, M. A. 1999. *Tendencias recientes y políticas hacia las migraciones centroamericanas: Una mirada desde el Norte*. Ponencia presentada en el Taller Centroamérica 2020, San Salvador, El Salvador, 5-6 de julio.

- Chacón, J. E. 2003. "Los Tratados de Libre Comercio y la integración social para la Centroamérica del siglo XXI." Aguilar, Carlos (compilador). *Los (Mal) Tratados de Libre Comercio*. San José, CR: DEI. 127-166.
- Central Inteligency Agency. *The World Fact Book*. <http://www.cia.gov/cia/publications/factbook>
- Close, D. 1999. *Nicaragua: the Chamorro years*. Colorado and London: Lynne Rienner Publishers, 1999.
- Comblin, J. 1998. *Doctrina de seguridad nacional I*. San José: Editorial Nueva Década.
- Cortés, A. 2001. Seguridad humana y sustentabilidad ambiental en Centroamérica. *Revista Espacios*, N°13, Junio, pp.47-55.
- Estado de la Región. 1999. Sinopsis del Estado de la Región. En: <http://www.estadonacion.or.cr/InfoRegion/informe1>
- Fitzgerald, V; T. Brück y A. Grigsby. 2001. Nicaragua y Mozambique: dos economías de postguerra. *Envío Especial*, Marzo. <http://www.uca.edu.ni/publicaciones/revistas/envio/2001/esp/marzo/>
- Hall, C. 1989. "La geografía histórica: un campo interdisciplinario entre la geografía y la historia." Fonseca, Elizabeth (compiladora). *Historia: Teoría y métodos*. San José: EDUCA, p. 25-64.
- Heckadon, S. 1993. "Centroamérica: tierra tropical y volcanes." Heckadon, Stanley, et al. *Hacia una Centroamérica verde: seis casos de conservación integrada*. 2da. Ed. San José: DEI, pp. 19-36.
- Izaguirre, C. J. e I. Jérez. 1999. *Perspectiva de las migraciones en Centroamérica hacia el año 2020*. ASONOG-FONAMIIH. Ponencia presentada en el Taller Centroamérica 2020. San Salvador, El Salvador. Julio. http://ca2020.fiu.edu/workshops/Salvador-Workshop/Jerez_taller.htm
- Lindo, R. 2004. *El Salvador se transforma*. La Opinión. <http://www.laopinion.com>, 23/02/04.
- Membreño Idiáquez, M. 2001. "50 años de migraciones en Nicaragua (1950-2000)." *Revista Encuentro*, Año XXXIII, N° 59, 92-113.
- Mohan, G; E. Brown; B. Milward y A. B. Zack Williams. 2000. *Structural Adjustment. Theory, Practice and Impacts*. London and New York: Routledge.
- Monge R., C. González y F. Monge. s. f. *Efectos Potenciales de un Tratado de Libre Comercio entre USA y Centro América sobre el sector agropecuario y agroindustrial de Costa Rica y El Salvador*. Documento pdf.
- Morales, A. 2002. *Redes transfronterizas: sociedad, empleo y migración entre Nicaragua y Costa Rica*. San José, CR: FLACSO, 2002.
- Morales, A. 1999. *Inmigración laboral nicaragüense en Costa Rica*. San José: FLACSO-Costa Rica.
- Nowalski, J. 2002. *Asimetrías económicas, laborales y sociales en Centroamérica: desafíos y oportunidades*. San José, CR: FLACSO.
- Orozco, M. 2003. Oportunidades y Estrategias para el desarrollo y el crecimiento a través de las remesas familiares a Nicaragua. Washington, DC: Diálogo Interamericano, Diciembre. www.confidencial.com.ni
- Orozco, M. 2001. *Globalization and migration: the impact of family remittances in Latin America*. July.
- Pasos, R., et al. 1994. *El último despale... La Frontera Agrícola Centroamericana*. San José: FUNDESCA.

- Pérez Brignoli, H. 1991. *Breve Historia de Centroamérica*. 2a. Edición en México. México, D.F.: Alianza Editorial Mexicana.
- Proyecto Estado de la Región. 2003. *Segundo Informe sobre Desarrollo Humano en Centroamérica y Panamá* PNUD. San José, Costa Rica: Proyecto Estado de la Nación.
- Robinson, W. I. 1997. "Maldesarrollo en América Central." *Pensamiento Propio* Nueva Época 5, Septiembre-Diciembre, Año 2, p. 33-66.
- Serra, L. 1993. "Democracy in times of War and Socialist Crisis. Reflections stemming from the Sandinista Revolution." *Latin American Perspectives*, Issue 77, Vol. 20, N° 2, Spring. p. 21-44.
- Serrano, P. 2001. *Flujos migratorios y remesas en América Latina y el Caribe: La experiencia de la CEPAL*. Ponencia presentada en el Seminario Internacional sobre transferencia y uso de las remesas: Proyectos productivos y ahorro. Sin Fronteras -CEPAL- Universidad de Zacatecas, 3-5 octubre.
- Sohr, R. 1988. *Centroamérica en guerra*. México: Alianza Editorial Mexicana.
- Utting, P. 1996. *Bosques, sociedad y poder*. Managua: UCA.
- Stein, E. y S. Arias Peñarte (editores). 1992 *Democracia sin pobreza: alternativa de desarrollo para el Istmo Centroamericano*. San José, Costa Rica: DEI.
- Vilas, C. 2000. "Neoliberalism in Central America." Walker, Thomas W. and Ariel C. Armony (Editors). *Repression, resistance, and democratic transition in Central America*. Delaware: Scholarly Resources Inc. p. 211-231.
- Walker, T. W. 1997. *Nicaragua without illusions: regime transition and structural adjustment in the 1990s*. Delaware: SR Books.
- Walker, T. W. y A. C. Armony. 2000. (Editors). *Repression, resistance, and democratic transition in Central America*. Delaware: Scholarly Resources Inc..
- Wheelock, J. 1990. *La reforma agraria sandinista: 10 años de revolución en el campo*. Managua: Editorial Vanguardia.
- Woodward, R. L. 1999. *Central America. A nation divided*. Third Edition. New York and Oxford: Oxford University Press.
- World Bank. 2001. Hurricane Mitch – the gender effects of coping and crises. PREM notes. Number 57, August
<http://www.worldbank.org>

